



CyP

Revista **Cambios y Permanencias**

Publicación multi e interdisciplinar
orientada a los estudios sociales

Revista **Cambios y Permanencias**

Grupo de Investigación Historia, Archivística y Redes de Investigación

Vol. 10, Núm. 1, pp. 264-301 - ISSN 2027-5528

Venezuela en la encrucijada: entre la democracia y el autoritarismo

**Venezuela at the crossroads:
between democracy and authoritarianism**

Leonardo Favio Osorio Bohórquez

Universidad del Zulia

orcid.org/0000-0001-6512-6382

Recibido: 23 de enero de 2019

Aceptado: 25 de marzo de 2019



Grupo de
Investigación
Historia
Archivística y
Redes de
Investigación

Venezuela en la encrucijada: entre la democracia y el autoritarismo

Leonardo Favio Osorio Bohórquez
Universidad del Zulia

Licenciado en Educación con mención en Historia, de la Universidad del Zulia. Magíster Scientiarum en Historia de Venezuela, por la Universidad del Zulia. Doctorando en Ciencias Humanas de la Universidad del Zulia. Ganador del premio Agustín Millares Carlos edición 2015, otorgado por la Academia de Historia del estado Zulia. Responsable del proyecto de Investigación titulado *Poder, negocios y rivalidades locales en el proceso de consolidación del Estado en Venezuela (Siglos XIX-XX)*, que forma parte del programa de investigación: *El ciudadano construye su historia: Reconstrucción del imaginario, uso del espacio, procesos y socioeconómicos y políticos (Siglos XIX-XXI)*, financiado por el Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico de la Universidad del Zulia (CONDES).

Correo electrónico: Leonardofavio87@gmail.com

ORCID ID: orcid.org/0000-0001-6512-6382

Resumen

El presente ensayo tiene como objetivo analizar el dilema histórico entre democracia y autoritarismo, un problema presente a lo largo de la historia venezolana. Específicamente se estudia el periodo que va de 1958 hasta la actual coyuntura histórica. Se utilizó la metodología histórica para explicar las relaciones de cambio y continuidad en el contexto

histórico-político venezolano. Se concluye que en Venezuela la debilidad institucional no permitió consolidar una cultura democrática durante los 40 años de democracia puntofijista, al elegir a Chávez los venezolanos optaron nuevamente por la vía del autoritarismo que ha evolucionado actualmente hasta un sistema totalitario.

Palabras Clave: Democracia, autoritarismo, totalitarismo, Venezuela.

Venezuela at the crossroads: between democracy and authoritarianism

Abstract

The present essay aims to analyze the historical dilemma between democracy and authoritarianism, a problem presents throughout Venezuelan history. Specifically, the period from 1958 to the current historical conjuncture is studied. Historical methodology was used to explain the relations of change and continuity in the Venezuelan historical-political context. It is concluded that in Venezuela the institutional weakness did not allow to consolidate a democratic culture during the 40 years of puntofijista democracy, when electing Chávez, the Venezuelans opted again for the path of authoritarianism that has now evolved into a totalitarian system.

Keywords: Democracy, authoritarianism, totalitarianism, Venezuela.

Introducción

El presente ensayo tiene como objetivo analizar el dilema histórico entre democracia y autoritarismo, un problema presente a lo largo de la historia venezolana. Específicamente se estudia el periodo que va de 1958 hasta la actual coyuntura histórica. Para ello es importante entender si en Venezuela realmente se ha arraigado una cultura

democrática, o por el contrario si la tendencia al autoritarismo ha sido una constante desde los inicios de la República.

Los contenidos semánticos de la democracia y el autoritarismo son cambiantes según los contextos. En términos generales la democracia en un sentido liberal se entiende como sistema de libertades, y el autoritarismo como una tendencia al incumplimiento de la ley y abuso de poder por parte de los gobernantes.

En el caso venezolano la democracia se ha asociado a la redistribución de la riqueza petrolera y asistencialismo por parte del Estado, conjuntamente con el ejercicio del voto. Esto se enmarca dentro de los principios de la socialdemocracia, que más tarde degenera en populismo. El exceso de poder atribuido a los presidentes de turno y al Estado en general, conjuntamente con el manejo con poca supervisión de los fondos públicos, especialmente de los ingresos petroleros, minó el fortalecimiento democrático e institucional del país.

Es así como la historia de Venezuela ha estado marcada por serias complicaciones, consolidar instituciones estables siempre ha sido un escollo difícil de superar. El caudillismo como fenómeno sociopolítico y cultural fue de las variantes que han impedido realmente modernizar el sistema político nacional. Los 40 años de democracia permitieron por primera vez mantener cierta estabilidad institucional en el país.

Sin embargo, el ascenso de Hugo Chávez al poder significó una vuelta al militarismo, que representaba una seria ruptura con el orden institucional-democrático. Desde su gobierno se emprendieron acciones para dismantelar progresivamente la República y la democracia, por considerarlas formas de ejercicio del poder esencialmente burguesas y excluyentes. Hoy en día, con Nicolás Maduro en el gobierno, se ha pasado de un autoritarismo a un peligroso totalitarismo que está en proceso de consolidación.

Explicar esos complejos fenómenos políticos no es tarea sencilla. Entender el mundo de la política requiere de nuevas herramientas teóricas y conceptuales. Los fenómenos democráticos o totalitarios no se explican en sus orígenes solamente a partir de

un estudio meramente institucional. Existe una cultura política de los ciudadanos que favorece la consolidación de determinados sistemas de gobiernos.

Los estudios sobre la nueva historia política y la influencia de la historia socio-cultural en ella, se ve ejemplificado en el concepto de cultura política, que toma cada vez más fuerza dentro de los análisis históricos. Para Miguel Ángel Cabrera el concepto de cultura política tiene una gran importancia como recurso interpretativo porque proporciona una adecuada comprensión de los:

[...] valores, creencias y pautas normativas que guían la acción política y establece los fines hacia los que ésta se dirige, la cultura política constituye una auténtica variable causal de la acción política, un vínculo causal entre la realidad política y la conducta política. (Cabrera, 2003, p. 23)

La cultura política permite interpretar los significados de los comportamientos, el porqué del apoyo a algunos líderes u opciones políticas en detrimento de otras. Esta categoría ayuda a entender mejor la realidad política venezolana. Chávez tuvo respaldo de importantes sectores de la sociedad venezolana deseosos de un cambio político, que no midieron las consecuencias de respaldar un programa de gobierno que a todas luces llevaba el germen del autoritarismo.

Solamente una sociedad en crisis con profundos resentimientos sociales puede elegir ese tipo de liderazgos que prometía enterrar el sistema de partidos. Para comprender esa realidad se utilizó la metodología histórica para explicar las relaciones de cambio y continuidad en la larga duración del proceso histórico-político venezolano. Aunque hay una prolífica bibliografía sobre la materia, y la temporalidad trabajada es algo extensa, pero es necesaria para entender la problemática estudiada, se aspira a ofrecer una visión crítica acerca del problema.

Se busca evidenciar la fragilidad histórica de la cultura democrática e institucional de la sociedad venezolana que llevó a Chávez al poder, conjuntamente con la necesidad de

asumir el chavismo desde los inicios como un gobierno autoritario con vocación de llegar al socialismo totalitario.

La debilidad institucional en Venezuela durante los inicios de la República: El germen del autoritarismo

Si bien este trabajo se focaliza en las últimas décadas de historia política de Venezuela, se considera fundamental tomar en cuenta brevemente los precedentes de los inicios republicanos para explicar la debilidad institucional de la nación en la larga duración como una constante histórica que ha dado paso a formas de autoritarismo y dificultado posteriormente la consolidación del sistema democrático.

Desde los comienzos de la República fue difícil hacer funcionar de forma efectiva un adecuado sistema institucional con una real división de poderes y cumplimiento de la ley. La inestabilidad política, los alzamientos constantes que tenían como objetivo alcanzar el poder político y los continuos cambios constitucionales por parte de los presidentes de la nación fueron una muestra de inestabilidad recurrente.

Sumado a esos problemas, se mantuvo una tensión permanente entre civilismo-militarismo, que estuvo en el nacimiento de la República (1810-1830), y sobre todo marcó el derrocamiento del primer presidente civil, José María Vargas, por el golpe militar de Pedro Carujo, hecho que signó fatídicamente toda la historia política desde el siglo XIX hasta hoy.

Otro aspecto relevante fue la tensión resultante de la oposición campo-ciudad, que, en el caso venezolano, se materializa en una ciudadanía que, aunque es mayoritariamente urbana, vive en condiciones y estructuras mentales y aún fácticas de neta ruralidad. Este núcleo de población ha vivido al margen del progreso y crecimiento económico que fue explotado por diferentes caudillos en el siglo XIX y aún en la actualidad.

Otra dificultad importante para mantener una República estable fue la tensión entre federalismo-centralismo, los presidentes de corte autoritario siempre intentaron reducir el poder de las regiones y concentrar el poder político. Elena Plaza explica cómo desde los inicios de la República el personalismo político y sus efectos negativos en el funcionamiento de las instituciones ya eran percibidos como una amenaza para la fortaleza y estabilidad institucional (Plaza, 2007, p. 228). El caudillismo del siglo XIX también se puede entender, como afirma Dieter Nohlen (2017), como un tipo de dominación autoritaria que no está anclado institucionalmente, sino que descansa en primer lugar en las cualidades personales de liderazgo de quien o quienes dominan. Existía una cultura política a favor del personalismo en Venezuela que da lugar a formas de autoritarismos por la débil estructura institucional. Luis Alberto Buttó (2018) argumenta sobre este aspecto:

En ambientes político-institucionales débiles y/o con significativos grados de atraso, como es el caso de la sociedad venezolana desde el nacimiento de la república independiente, el pretorianismo encuentra caldo de cultivo idóneo para manifestarse y la democracia deviene mera entelequia, en el sentido irónico de la voz. (Buttó, p. 39)

La democracia no puede florecer en sistemas institucionales débiles. Consolidar las instituciones republicanas y el Estado de derecho en Venezuela fue muy complicado. Ante esas dificultades, se construye, por tanto, una República con pocas virtudes cívicas, que también imposibilitaban el progreso económico por medio del trabajo productivo, predominaba en su lugar la lucha armada, los saqueos y la búsqueda de privilegios por parte de los sectores mercantiles. La alternabilidad política respetando los mandatos constitucionales no fue practicada en el siglo XIX venezolano.

En un clima de confrontación constante el elemento militar pasa a ser esencial para la obtención y mantenimiento del poder. La construcción de una ciudadanía moderna fue difícil en ese escenario donde no se había consolidado un Estado nacional con real capacidad de gobernabilidad sobre el territorio. Las instituciones todavía no garantizaban plenamente la seguridad personal y el resguardo a la propiedad.

El incumplimiento de la ley y la falta de instituciones generan gobiernos autoritarios. José Tadeo Monagas, Guzmán Blanco y la mayoría de los presidentes gobernaron por medio de relaciones clientelares donde eran favorecidos determinados grupos políticos y económicos cercanos a los caudillos. El uso de la categoría pueblo también era explotada con fines demagógicos para cometer abusos ante la debilidad institucional en el siglo XIX como argumenta Cecilio Acosta (1847):

¿A qué pasiones no ha dado margen, a qué intereses no ha exaltado, cuántos planes negros e inicuos no ha promovido la mala inteligencia del vocablo pueblo? ¿Era preciso robar? Se invocaba al pueblo. ¿Se levantaban cuadrillas de facciosos? Era el pueblo quien se levantaba. ¿Se proclamaba, se pedía la caída del gobierno? Era el pueblo quien proclamaba y pedía. Y al fin, se insultaba a los buenos ciudadanos [...] y se prometía el reparto de la propiedad y del sudor ajeno, y se alentaba la revolución, y se alentaban los criminales y se buscaba, y se befaba a los buenos y se los perseguía; y todo en nombre del pueblo, porque el pueblo lo pedía, porque el pueblo lo proclamaba. (p. 60)

En nombre del pueblo se han llevado a cabo grandes abusos, desde la violencia política hasta el robo de la propiedad privada. Su uso y manipulación se extiende hasta el presente. El comienzo del siglo XX en Venezuela no representaría mayores cambios al respecto en materia de fortalecimiento institucional.

Cipriano Castro fue uno de los presidentes más arbitrarios que tuvo Venezuela, su confrontación con las elites económicas nacionales y extranjeras trajo el bloqueo de las costas venezolanas conjuntamente con un profundo descalabro económico. Juan Vicente Gómez fue un continuador del autoritarismo de Castro, pero por lo menos mantuvo mayor libertad económica, respetó la inversión y la propiedad privada.

La tesis del gendarme necesario planteada por Vallenilla Lanz durante la época de Gómez era la justificación ideológica de la necesidad del despotismo para pacificar una sociedad anárquica (Vallenilla, 2000). Ideas que vinieron a reforzar el imaginario autoritario de la sociedad venezolana. Desde la perspectiva sociológica las instituciones son

un reflejo de la sociedad. Si no hay respeto a la ley desde el Estado, tampoco habrá una sociedad dada al cumplimiento de las normativas jurídicas.

Locke afirmaba que sin ley no hay libertad. El cumplimiento de las leyes es un requisito básico para proteger las instituciones y derechos ciudadanos. Así es muy difícil fomentar una cultura democrática. El caudillismo del siglo XIX y comienzos del XX no solamente se debe entender como un fenómeno netamente político. Yolanda Segnini explica lo que denomina el caudillismo cultural presente en la historia venezolana:

Este supone, desde luego, la existencia de caudillos culturales y el aglutinamiento de sectores o grupos sociales, involucrados en la referida práctica-como clientela-alrededor de sus figuras. El vínculo que se establece entre ambos conlleva un modo de relación personal y directa, a veces con nexos de parentesco, pero en todo caso, signado por el respeto, la admiración y el seguimiento incondicional hacia la persona y acciones del caudillo. Esta manera de relacionarse es, por su peculiaridad, intransferible. De allí que el carácter de la corriente liderizada por un determinado caudillo tenga la vigencia del mismo y sea, por tanto, temporal. (Segnini, 1987, p. 266)

Ese problema del caudillismo cultural, que se basa en el seguimiento a determinados líderes considerados como salvadores de grupos desfavorecidos, ha hecho a la sociedad vulnerable para la formación de gobiernos autoritarios. No hay confianza en las leyes o en las instituciones políticas para resolver los problemas de la nación, sino en la aparición de líderes fuertes capaces de conducir el Estado.

Esto lleva al debate de plantear si realmente en el siglo XX el venezolano logró consolidar una cultura democrática o si, por el contrario, prevalece una cultura autoritaria. El siglo XIX fue el siglo de las guerras civiles y la falta de consolidación de un Estado nacional moderno. El siglo XX representó un avance en términos políticos, sobre todo luego de la caída del gomecismo comienza la sociedad a ganar mayores derechos civiles. Se permiten los partidos políticos como formas modernas de participación y organización, y se gana el derecho universal al voto. Ese proceso de democratización se inicia con López Contreras hasta el trienio adeco, pero se vería interrumpido nuevamente por otro gobierno

autoritario como el de Pérez Jiménez. Entonces parecía que Venezuela no lograba encaminarse hacia un sistema democrático.

Luis Ricardo Dávila explica como nuestra historia republicana, al menos la del siglo XX, ha sido el escenario de la oposición maniquea entre democracia y dictadura. Ese terno y venir de la democracia a la dictadura y viceversa es el movimiento que expresa el carácter fundamental del alma venezolana, que constituye el substrato de nuestra psiquis profunda. La mitología que subyace a nuestra cultura política se expresa en él (Dávila, 2011, p. 33).

Esa dicotomía entre democracia y dictadura ha sido parte de las contradicciones en la historia política venezolana todavía no resueltas en la actualidad. Vemos cómo con Marcos Pérez Jiménez la sociedad decidió en ese momento no seguir viviendo bajo modelos dictatoriales y optó por la vía democrática. Es lo que Manuel Caballero denominó como la pérdida del miedo (Caballero, 2009). Parte de la sociedad civil resistió durante la dictadura y encontró mecanismos para lograr en conjunto con los militares la salida del gobierno. El camino elegido para continuar el rumbo nacional fue el de la democracia, aunque no estuvo exenta de vicios y contradicciones.

Las contradicciones de la democracia y la crisis política en Venezuela

Venezuela buscó acceder a la modernidad, superar definitivamente los golpes de Estado y las guerras civiles para construir una sociedad con estabilidad política y progreso económico. El Pacto de Punto Fijo¹ fue clave para impulsar el nuevo proyecto de país dirigido esta vez por los partidos políticos. Gobernar a través de los consensos fue una meta del nuevo entramado político.

¹ El Pacto de Puntofijo fue un acuerdo de gobernabilidad entre los partidos políticos venezolanos AD, Copei y URD, firmado en 1958 con el fin de gobernar a través del consenso y establecer una vida democrática pocos meses después del derrocamiento de Marcos Pérez Jiménez.

Para eso se debían formar gobiernos de coalición y actuar en conjunto cuando existieran amenazas a la estabilidad política. A pesar de las disidencias, ese acuerdo se mantuvo a lo largo de los años. El Partido Comunista, que fue excluido del Pacto de Punto Fijo, pronto tomó la vía armada. Esas acciones ratifican que era correcto dejar de lado a un partido político incapaz de convivir bajo reglas democráticas.

La guerrilla en Venezuela logró ser sofocada, no contó con apoyo popular y el Partido Comunista fue mantenido a raya. Las versiones más radicales del socialismo en Venezuela demostraban su fuerte carácter armado y autoritario. Con la política de indultos de Caldera se intentó la vía del armisticio para incorporar a los guerrilleros a la vida civil. Esta misma política sería aplicada luego a Chávez conjuntamente con los otros militares golpistas.

Uno de los problemas de la democracia de Punto Fijo fue no haber leído correctamente las amenazas que se cernían a su alrededor. La hegemonía conseguida por AD y COPEI, un mayor nivel de pacificación de la nación, aunado a cierta prosperidad económica hicieron que se pensara en una estabilidad política permanente. Uno de los inconvenientes fue darle mucho poder al Estado para dirigir los destinos de la República.

El mismo programa de desarrollo nacional estaba basado en la planificación central de la economía, que, si bien establecía la aplicación de políticas en conjunción con algunos sectores de la empresa privada, mantenía un fuerte intervencionismo en el ámbito económico. La socialdemocracia, como una versión más moderada de izquierda política y de cierto socialismo inocuo, fue lo predominante.

El petróleo fue la fuente principal de recursos para financiar el gasto público. El clientelismo político se volvió un vicio común en la sociedad. Los empresarios, políticos y miembros de la sociedad civil buscaron lucrarse a través de los beneficios otorgados por el Estado. Un elevado clima de corrupción, falta de cumplimiento de leyes aunado a un exceso de atribuciones concedidas a los presidentes de turno no garantizaban la estabilidad

de un sistema democrático. Richard López argumenta como esta situación fue un problema en el caso venezolano:

El excesivo presidencialismo, la preeminencia y privilegios del poder ejecutivo le permitió administrar los recursos con muy poco contrapeso institucional. La debilidad empresarial dejó entrever que es el Estado quien realmente es motor económico, por sus recursos capitales, para dinamizar la sociedad. (López, 2018, p. 258)

Similares planteamientos realiza Aníbal Romero cuando explica el curso de la historia política moderna de Venezuela marcada por el petróleo y un creciente populismo:

Dos factores claves explican el proceso evolutivo de la democracia venezolana: petróleo y populismo. El petróleo nos ha dado en apariencia la posibilidad de crecer aceleradamente y atacar a la vez numerosos problemas de toda índole en lo social, económico y político, sin que para ello haya sido indispensable realizar los esfuerzos de productividad, organización, ahorro e innovación que han caracterizado el desarrollo de naciones avanzadas en otras regiones del mundo. El populismo ha estado constituido, de un lado, por un conjunto de percepciones e ideas sobre la economía, la política y la visión global de la democracia y su futuro, y de otro lado por un cierto estilo de ejercicio del liderazgo que ha influido decisivamente la manera en que los venezolanos – nuestros dirigentes y la población en general- han asumido sus tareas históricas. (Romero, 1986, p. 18)

El populismo ayuda a explicar los males de la política venezolana y el modelo democrático instaurado. Sobre la base de la socialdemocracia, se creó un sistema político asistencialista, la democracia fue asumida como el derecho de los ciudadanos a percibir parte de los ingresos petroleros. Como señala Ángel García, se trataba de democratizar no solo los derechos políticos conculcados, sino, de democratizar también los beneficios de la renta petrolera (García, 2006, p. 121). Bajo esa visión de la democracia, hubo una fuerte intervención del Estado en la economía, especialmente del poder ejecutivo.

El Estado estaba en la obligación de proveer a los venezolanos de sus necesidades elementales, como salud y educación. El problema es asumir como un axioma que

Venezuela era un país rico, lo que llevó a su población a creerse con derecho a disfrutar de unos beneficios sin necesidad de trabajar o producirlos. Como argumenta Aníbal Romero nuevamente, en nuestro país lo que hemos tenido es un Estado que sabe repartir, pero no crear riqueza, y una ideología económica que es incapaz de responder a las exigencias de una economía no-rentista (Romero, 1986, p. 18).

Los venezolanos han sido una sociedad con poca educación financiera, por eso pensaban que el Estado era el encargado de resolver todos los problemas económicos de la Nación. Desde los años setenta ya se habían comenzado a difundir varios mitos promovidos desde la izquierda contra la democracia una vez que la opción militar fue derrotada, con la finalidad de desprestigiar el sistema político y dar paso a la ideología socialista.

José Gil advirtió cómo se fomentó una cultura política en los venezolanos desde los sectores de izquierda absolutamente errada:

La izquierda trata de difundir las siguientes actitudes en la cultura política venezolana:

a) El “sistema” es una especie de conspiración de “los pocos” en contra de “los muchos”. B) El sector privado controla la nación. C) Los partidos políticos demócrata-reformistas son simples títeres de los intereses empresariales. D) Los empresarios son responsables por los problemas económicos y sociales del país. E) El capitalismo y el incentivo de lucro son moralmente malos. F) El exigir disciplina y productividad en el trabajo son síntomas del sistema de explotación imperante. (Gil, 1978, p. 53)

Se denunciaba un Estado “burgués” que no respondía a los intereses del pueblo sino de los empresarios. Aunque realmente el gobierno no se subordinó siempre a los intereses empresariales. Pero el trabajo ideológico estuvo presente desde hace décadas y caló en buena parte de la sociedad venezolana sobre todo ante las crisis producidas, principalmente a partir del denominado Viernes Negro en 1983.

Carlos Andrés Pérez expandió fuertemente el gasto público durante su primer gobierno debido al incremento de los precios del petróleo en el mercado internacional. El despertar de la ilusión se da cuando tanto los gobiernos como la ciudadanía en general se dan cuenta que las épocas de prosperidad no son permanentes.

El despilfarro de recursos debido a una sociedad opulenta ayudó a reforzar el germen del populismo en Venezuela. Pero los elevados niveles de endeudamiento contraídos provocaron una contracción en el ingreso de divisas una vez que los precios del petróleo comenzaron a descender. Un gasto público muy elevado es insostenible en el largo plazo.

Ante esa situación se produjo la devaluación del bolívar que “tomó por sorpresa” a los venezolanos, pero era una consecuencia lógica de un gasto irresponsable e insostenible. Es la crisis económica lo que menoscaba la confianza de los ciudadanos en el sistema de partidos para resolver los problemas. Como señala Ana Teresa Torres, “La devaluación no era solamente un término monetario; incluía devaluación ética, devaluación de propósitos, devaluación del sistema democrático” (Torres, 2009, p. 105). La democracia se asociaba a la capacidad del gobierno para dar respuesta a las necesidades materiales de la Nación.

Si no se lograba ese objetivo, se perdía la confianza en la democracia. José Molina y Valia Pereira en su trabajo sobre el éxito o fracaso de la democracia en América Latina, demuestran que en un número significativo de países la población parece estar dispuesta a aceptar prácticas autoritarias de gobiernos electos democráticamente, y aún gobiernos autoritarios, si los percibe como capaces de resolver los problemas económicos (Molina y Pereira, 2006, p. 33).

En Venezuela la crisis económica hizo vulnerable a la ciudadanía a apoyar un gobierno autoritario como el de Chávez con la esperanza de resolver los problemas ante la incapacidad de los partidos. Como explica Alejandra Arias, “La desafección de los ciudadanos hacia sus partidos estuvo basada en el desempeño de la economía y, primordialmente, en las luchas internas y los procesos de fracturación intrapartidaria” (Arias, 2012, p. 69). En esta misma línea, Manuel Hidalgo explica la crisis económica como detonante del sistema clientelista partidista:

[...] el desempeño de la economía contribuyó a la crisis de representación y legitimidad de los principales actores del sistema, en particular de los partidos. Pero los

factores políticos también influyeron. Es evidente que la disminución de recursos estatales y la imposibilidad de ejecutar políticas como en el pasado dificultó el mantenimiento de lealtades partidistas forjadas en gran parte al calor del clientelismo. Además, dicha escasez y los disensos sobre cómo hacer frente a los problemas intensificaron los conflictos interpartidistas. (Hidalgo, 2007, p. 18)

La situación económica produjo no sólo el descontento de la ciudadanía sino también rupturas entre las élites como describe el autor. Con Lusinchi se quiso aplicar una reforma al Estado para corregir los problemas, se hicieron propuestas que contaron con el aporte de intelectuales y sectores empresariales, pero que en un principio no se llevaron a la práctica.

Con el segundo gobierno de Carlos Andrés sucede algo muy particular, los ciudadanos votaron impulsados por el deseo de recuperar la época de prosperidad de su primer mandato. Ese era un claro mensaje de desconocimiento por parte de los votantes de cuáles eran las razones de la crisis económica. Elegían gobernantes más motivados por las emociones que por la razón, pese al programa de reformas planteado por Carlos Andrés. Una sociedad que seguía líderes, pero no conocía realmente de proyectos políticos.

Las reformas aplicadas por Carlos Andrés no eran negativas, se trataba efectivamente de que el Estado disminuyera progresivamente su papel interventor en la economía, con la eliminación de subsidios y privatización de empresas. Ciertamente hubo fallas en su ejecución, además, no se le explicó lo suficiente a la población, pese a mejorar los indicadores macroeconómicos, los efectos positivos tardan un tiempo en materializarse.

Uno de los problemas para aceptar esas propuestas era una sociedad acostumbrada al populismo. El paquete de reformas de Carlos Andrés Pérez fue pronto rechazado por la sociedad civil y hubo un conjunto de protestas. La izquierda política de aquel momento explotó el descontento popular hacia el sistema de partidos. Cuando el electorado no rechaza uno de los partidos políticos sino el sistema, las repercusiones recaen sobre la democracia (Dietz y Myers, 2002).

Ese rechazo de la población dio lugar al apoyo dado al golpe militar orquestado por Chávez en 1992, los venezolanos vieron en él una esperanza de cambio político, pese a que en realidad representaba una vuelta al pasado militarista y autoritario propio de la Venezuela del siglo XIX.

De hecho, según Juan Carlos Rey, los golpes militares dados a Medina Angarita o a Pérez Jiménez, podrían servir para explicar por qué la cultura política venezolana no mantiene una actitud totalmente negativa ante las eventuales intervenciones de los militares en la política, pues en situaciones en que están cerradas las vías de la democracia representativa, un golpe de Estado puede ser el instrumento para abrirla (Rey, 2002).

Chávez entonces fue visto como una esperanza de cambio positivo pese a que su golpe no estuvo acompañado por civiles como en el caso de Medina o Pérez Jiménez. Como explica Luis Madueño, pese a que los venezolanos se manifiestan a favor de la democracia, la contradicción resulta notoria en la medida en que manifiestan ser demócratas, pero aparecen luego involucrados en valoraciones positivas tanto para un gobierno militar como para un líder fuerte (Madueño, 2006, p. 106). Esto lleva al autor a plantear indicios autoritarios en la cultura política de los venezolanos. Una verdad incómoda pero presente en cualquier análisis sobre la historia política venezolana.

La personalización de la política se ha mantenido desde los inicios de la República, no fueron erradicados durante los cuarenta años de democracia y eso dio paso a la aparición de Chávez. Thais Maingon, señala igualmente como ese apoyo al líder golpista ratificaron la fragilidad de una cultura política tendiente a la democracia y, por el contrario, mostraron una propensión en la población hacia el autoritarismo, con unas ciertas raíces mesiánicas (Maingon, 2003).

Thais Maingon plantea entonces que en Venezuela persistieron y convivieron los resabios autoritarios con las instituciones democráticas (Maingon 2003). Ante la crisis se impuso la opción autoritaria nuevamente. Entonces Chávez era una vuelta a un militarismo rancio del siglo XIX, pero esta vez acompañado de una ideología y un proyecto de

naturaleza totalitaria como se evidenciaría luego. El descontento hacia la democracia abrió paso a la mitificación de un nuevo salvador.

Es cierto que el sistema democrático, con sus aciertos y desaciertos, logró mantenerse a lo largo de cuatro décadas, lo que fue todo un récord en cuanto a estabilidad política se refiere en la historia de Venezuela, pero no consiguió replantearse hacia un sistema económico moderno y menos estatista. No se lograron aplicar las transformaciones requeridas. Como marca Francisco Antonio Castrillo, en los inicios de los años noventa, los problemas de gobernabilidad se profundizan, precisamente porque el estado no logra articular las demandas e introducir los cambios (Castrillo, 2010).

Las reformas aplicadas por Carlos Andrés no fueron continuadas luego por Caldera, quien solo tomó medidas parciales para solventar las crisis, y Venezuela estaba sin rumbo definido para intentar recuperar la confianza en el sistema democrático y los partidos políticos. Los gobiernos de AD y COPEI vinieron a representar lo que Guillermo O'Donnell denomina "democracia delegativa" o "defectuosa", que tiene como contenido la concentración de poder en el cargo de presidente, sin control horizontal y con el cual se intenta determinar tipológicamente la práctica gubernamental presidencial en las democracias jóvenes (O'Donnell, 1994).

El exceso de competencias asignadas a los presidentes y el populismo fueron elementos característicos de ese periodo histórico. Los vicios practicados durante los 40 años de democracia degeneraron en la peor de las situaciones, en el resurgimiento de un gobierno de corte militarista y autoritario representado en la figura de Chávez. Venezuela dio un retroceso importante con esa decisión de seguir al nuevo líder populista.

Chávez y la vuelta al autoritarismo: el fin de la democracia

La historia no es lineal, las ideas no desaparecen, sino que vuelven cada cierto tiempo con una nueva carga valorativa. Es así como Chávez significó la vuelta a un pasado

militarista. Desde los inicios debe asumirse como un líder populista autoritario, con vocación de dirigirse hacia un Estado totalitario, pero avanza de manera paulatina. El carisma de Chávez lo ayudó a venderse como un nuevo salvador de la nación.

El caudillismo cultural no había desaparecido de la mentalidad de los venezolanos sobre todo ante la crisis del sistema de partidos. Como expresa Ernesto Laclau, cierto grado de crisis de la antigua estructura es necesario como precondition del populismo, ya que, como hemos visto, las identidades populares requieren cadenas equivalenciales de demandas insatisfechas (Laclau, 2004, p. 222).

El populismo de Chávez sería mucho más perjudicial que el practicado por AD y Copei. Se usaban las dádivas dadas por el Estado como una forma de chantaje político. Gino Germani, explica cómo es difícil dar una definición precisa de populismo, pero este se caracteriza por lo general por:

El reclamo por la igualdad de derechos políticos y la participación universal de la gente común, pero unido a cierta forma de autoritarismo a menudo bajo un liderazgo carismático. También incluye demandas socialistas (o al menos la demanda de justicia social), una defensa vigorosa de la pequeña propiedad, fuertes componentes nacionalistas, y la negación de la importancia de la clase. Esto va acompañado de la afirmación de los derechos de la gente común como enfrentados a los grupos de interés privilegiados, generalmente considerados contrarios al pueblo y a la nación. (Germani, 2003, p. 88)

Varios de esos elementos descritos son aplicables al chavismo como fenómeno político. Es cierto que no todos apoyaron el ascenso de Chávez al poder, como se explica desde el campo de la cultura política, las representaciones sociales son diversas y existe pluralidad. Pero la izquierda había hecho un importante trabajo ideológico el cual penetró en buena parte de la intelectualidad universitaria y la sociedad en general.

Chávez no planteó un discurso novedoso, utilizó los mitos políticos y ataques que desde corrientes socialistas se hacían desde hace décadas al modelo económico y al sistema

político. Se buscó azuzar los resentimientos hacia ciertos sectores como el caso de los empresarios. Se empieza a condenar la riqueza como algo negativo por ser resultado de la “explotación capitalista”. Antonio Herrera explica cómo “ofende groseramente a la razón, a la lógica y a la moral sentenciar que todos los ricos son malos o todos los pobres son buenos” (Herrera, 2015, p. 25).

Los empresarios ricos llamados “burgueses” por el gobierno, fueron asumidos como los responsables de la pobreza en Venezuela conjuntamente con las “oligarquías políticas”. Se fomentaron resentimientos sociales que llevan a formas atrasadas y despóticas de hacer política. Rand advertía al respecto: “Todo movimiento que busca esclavizar un país, toda dictadura o toda dictadura en potencia, necesita alguna minoría como chivo expiatorio, a la cual poder culpar de los problemas de la nación, y usarla como justificación de sus propias demandas de poderes dictatoriales” (Rand, 2012, p. 59).

Chávez como todo dictador en potencia, desde sus inicios buscó sus chivos expiatorios en los ricos empresarios conjuntamente con los partidos políticos. La población compró ese discurso que nos podía llevar a un abismo de confrontación. De esa forma se impuso una mayoría que decidió nuevamente rescatar los vestigios del caudillismo con una anhelada idea de vuelta de un gobierno fuerte capaz de superar la corrupción y los vicios del bipartidismo. Como explica Luis Alberto Buttó, al elegir a Chávez se optó por una vía antidemocrática:

La mayoría de los venezolanos votó en contra de la democracia, al preferir un proyecto político que, camuflado con la consigna del renacer de la república, terminó siendo el brazo ejecutor del proceso de desmontaje de la democracia, al constreñir, paulatinamente y sin miramientos, las libertades políticas, civiles y económicas conquistadas y en vigencia durante los 40 años en que se mantuvo el acuerdo de gobernabilidad suscrito mediante el Pacto de Punto Fijo. (Buttó, 2018, p. 199)

Las mayorías se equivocan y la historia lo demuestra. En esto queremos marcar diferencias con la afirmación de Juan Carlos Rey, cuando dice que una característica esencial de un Gobierno democrático es que debe tratar de satisfacer las preferencias de la

mayoría o de dar respuestas positivas a las demandas de quienes lo han elegido (Rey, 1991, p. 571).

Esa afirmación es temeraria e inexacta, porque las mayorías a veces eligen caminos equivocados, al margen de la ley e instituciones cuando están inspirados en deseos reivindicadores o revanchistas. Es el conservar la libertad y el Estado de derecho lo que garantiza una democracia, no la complacencia de las mayorías. Giovanni Sartori explica cómo en las modernas democracias las mayorías deben igualmente respetar los derechos y libertades de las minorías (Sartori, 1993).

La realidad venezolana sería diferente si existiera mayor apego a la ley e instituciones. Pero la mayoría de venezolanos se equivocaron eligiendo a Chávez como una vía para resolver los problemas. Buscaban recuperar el Estado asistencial, considerado como un derecho por parte de los ciudadanos. Una sociedad acostumbrada a exigir muchos derechos, pero poco dada al cumplimiento de sus deberes.

Era la expresión de la degeneración de la democracia en demagogia, alimentada por los políticos, y la sociedad venezolana tuvo gran responsabilidad por seguir a un líder carismático con vocación totalitaria. Kirk Hawkins en su libro sobre el chavismo y el populismo, atribuye el atraso institucional y organizacional del movimiento chavista y otros movimientos populistas a su visión maniquea del mundo. El líder populista se percibe como la encarnación de la mayoría contra las fuerzas del mal, un papel que las organizaciones y estructuras intermedias socavan, ya que crean obstáculos entre él y el pueblo (Hawkins, 2010).

Esa visión maniquea está muy presente en el discurso chavista. Pero Chávez no vino a representar un populismo y autoritarismo convencionales, buscó establecer un proyecto totalitario en el mediano plazo. Desde siempre afirmó que su proyecto era hasta el 2021, y luego fue extendiendo esa fecha indefinidamente hasta consolidar los cambios revolucionarios. Jorge Tricas explica cómo se requiere de la conformación de una sociedad de masas integradas mayormente por gente excluida, esto es, atomizados y aislados, para

que pueda calar un sistema totalitario de dominación al que el populismo como aberración de la política le da entrada (Tricas, 2016, p. 33).

El populismo practicado durante los cuarenta años de democracia, con una sociedad acostumbrada a los subsidios, hizo a los ciudadanos vulnerables al discurso chavista. Chávez se colocó como nuevo salvador de la sociedad. Según John Magdaleno la imagen del héroe Chávez se construyó en dos vertientes: la de vengador del pueblo y portador de la ira colectiva y, posteriormente, la de redentor que encarnaba una esperanza (Magdaleno, 2004, pp. 175-176).

Chávez ofrecía acabar con el sistema de partidos como expresión moderna de la política, además de terminar con las injusticias y desigualdades sociales. Como expresa Nelly Arenas, en el proyecto chavista, materializar ese sueño igualitario implica cuestionar la democracia representativa, cuyos procedimientos han sido sistemáticamente violentados por el gobierno, que ha preservado solo aquellos que hasta ahora le ha resultado muy complicado eliminar (Arenas, 2010, p. 82).

La institucionalidad democrática representativa era violentada por el gobierno, porque no le “permitía satisfacer las necesidades del pueblo”. Autores como Steve Ellne plantea el concepto de democracia social radical practicada en Venezuela durante el chavismo que:

[...] apela a los no privilegiados en general, pero ha dado prioridad a las necesidades de los no proletarios, quienes son los sectores menos favorecidos de la población, específicamente los trabajadores de la economía informal, los trabajadores en pequeñas empresas no sindicalizadas de la economía formal y la fuerza laboral rural. (Ellne, 2012, p 107)

La idea de democracias radicales viene desde un intelectual romántico como Rousseau, se sustentan sobre la base de un pueblo políticamente unitario, homogéneo y armonioso, y se deja de lado intereses particulares y egoístas. Es nuevamente el intento por

construir utopías irrealizables que llevan el germen del autoritarismo como es el caso del chavismo. Como señala Rosaura Guerra,

[...] el hecho de que la revolución se oriente hacia una utopía social, tan fuerte que, no admite cuestionamientos, nos conecta con un tipo de régimen político con una orientación esencialmente ideológica, donde pronto el proyecto político dejará de ser deseable, para convertirse en meta unívoca de la comunidad política o verdad política única. (Guerra: 2018, p. 187)

El proyecto chavista en teoría no era el de una facción política, sino el de toda la nación, por eso la oposición no podía tener cabida y era calificada como apátrida. Hannah Arendt (2004) define la democracia como el hacer juntos entre diversos. Por su parte, la política se explica como la búsqueda de la libertad (Arendt, 1997). En ninguno de los dos sentidos jamás el gobierno chavista fue democrático, porque no respetó la disidencia o las libertades ciudadanas.

El uso de categorías como democracia social radical es simplemente para darle una nueva carga semántica a la democracia para catalogar a gobiernos autoritarios como democráticos sin serlos realmente. El lenguaje es usado para sustituir a la realidad. La llamada inclusión social era un escamoteo; la acritud presente en el discurso chavista demostraba ser un proyecto que negaba participación a los adversarios desde sus inicios.

Se gobernaría en teoría sólo para el pueblo, categoría usada para referirse a los sectores excluidos de la sociedad y adeptos al gobierno. La confrontación sustituiría a los consensos que caracterizaron la democracia. Por tal razón, el Pacto de Punto Fijo fue estigmatizado por representar un acuerdo de elites excluyente del pueblo. La democracia participativa y protagónica sería el sustituto de la democracia representativa.

Eso sería un mero engaño; lo que se buscaba realmente era la movilización de las masas para brindar apoyo a las abusivas medidas que tomaría el gobierno. El líder decidía sobre todos los asuntos del Estado sin atender a la independencia de poderes. Como argumenta Nino Gianforchetta “La praxis política de todos los poderes, exalta el papel del

“Líder Único” e impregna a la sociedad venezolana con una especie de culto a la personalidad, característica de regímenes pseudo-democráticos con tendencias al autoritarismo y de los “liderazgos mesiánicos” (Gianforchetta, 2011, p. 9).

El personalismo político lleva al autoritarismo, practicado de manera exacerbada durante el chavismo. La administración de los recursos del Estado obtenidos de los ingresos petroleros también daría un vuelco importante en el gobierno de Chávez. Tomás Straka explica las diferencias esenciales entre los gobiernos adecos y copeyanos y la administración de Chávez en cuanto al manejo de la renta:

AD decidió rematar la tarea histórica de completar el proyecto nacional, reformulándolo y actualizándolo. Se propuso la modernidad capitalista, aunque dentro del marco del intervencionismo y el Estado de Bienestar. El chavismo, sin romper tajantemente con algunos valores de AD y del decimonono, se propone la eliminación de la propiedad privada sobre los medios de producción, en busca de un nuevo socialismo. (Straka, 2015, p. 5)

Es una relación de cambio y continuidad; el chavismo en principio fue un atavismo de la socialdemocracia con todos sus vicios, el manejo de la renta petrolera por parte del gobierno chavista reprodujo los males de los gobiernos democráticos, mantuvo el gasto populista y lucraba a los funcionarios públicos a través del clientelismo. Pero como argumenta Straka, el norte sería la construcción progresiva de un socialismo que buscaba paulatinamente el manejo totalitario de la sociedad en general.

Hugo Chávez utilizó mecanismos plebiscitarios y los ingresos del petróleo para concentrar el poder. Fueron usados los recursos como parte del peculio personal del presidente. La renta petrolera sería utilizada para sustituir al sector privado como proveedores de bienes y servicios a la población. Como señalan Juliana Gutiérrez y Andrés Aristizábal, uno de los rasgos populistas que se han observado en el primer gobierno de Hugo Chávez, es la mayor intervención del Estado en la economía, con un progresivo aumento del crecimiento del aparato estatal y exacerbado gasto público (Gutiérrez y Aristizábal, 2005).

Ese gasto público e intervención del Estado aumentaría a partir del segundo gobierno chavista. El llamado gasto social también se acrecentaría desde el primer mandato, pero no sería como señala desafortunadamente Maximiliano Gracia y Raquel Reyes, por el deseo de un gobierno por mejorar las condiciones sociales de la población (Gracia y Reyes, 2008, p. 40).

La finalidad de elevar el gasto social era con fines clientelistas, no por deseos igualitaristas, los crecientes ingresos petroleros lograron justificar ese gasto insostenible en el mediano plazo como se demostraría posteriormente. Una economía fuertemente intervenida por Chávez desde su primer gobierno, con abierta confrontación con el sector privado, no podría tener resultados favorables como la historia ha demostrado.

Las arbitrariedades y los abusos fueron cada vez más constantes. El manejo de las instituciones, el control de PDVSA, de los poderes del Estado, de las Fuerzas Armadas y el respaldo de aliados internacionales como China y Rusia, hicieron que el gobierno radicalizara cada vez más sus medidas.

Progresivamente se militarizaba el poder político, como argumenta José Antonio Rivas, hubo un crecimiento sostenido del estamento militar y la ocupación de espacios netamente pertenecientes al ámbito civil en detrimento de la democracia (Rivas, 2012, p. 16). Igualmente, como señala Luis Buttó, se da la mayor presencia de los militares en las empresas del Estado con mayor impacto sobre la sociedad y la economía nacional: industria petrolera, industrias básicas localizadas en la región de Guayana, corporaciones de suministro eléctrico, etc. (Buttó, 2018, p. 22).

Con ese mayor control de los militares sobre la sociedad en general el sistema democrático era erradicado paulatinamente. Según Armando Chaguaceda y María Puerta, a partir del 2005, la democracia delegativa venezolana, paulatinamente sustituida, fue dando paso a la instauración de un régimen de claros rasgos autoritarios (Chaguaceda y Puerta, 2017, p. 154). Pero el autoritarismo siempre estuvo presente, enmascarado en reiterados procesos electorales con claras ventajas para el gobierno.

Con base en esos procesos electorales, se ha clasificado al chavismo como un sistema de autoritarismo competitivo que manipulan las instituciones democráticas para imponerse sobre los opositores, a los que consideran “enemigos”; pero estos mismos métodos se aplican en el interior del grupo en el poder, los “amigos” (Gómez y Arenas, 2013, p. 24).

La vigilancia y el desmedro al juego institucional siempre estuvieron presentes, pero los autoritarismos nunca permiten una competencia efectiva dentro del juego político, sólo ceden espacios, pero siempre preservando el control fundamental del poder. Por eso tal categoría no resulta la más apropiada cuando no existe una competencia real. Sin negar el apoyo que tuvo Chávez a lo largo de sus dos gobiernos.

El gobierno en un comienzo sólo intentaba mantener ciertas formas y apariencias democráticas, justificado en el apoyo recibido por parte de la población. Es lo que el socialismo hace en el siglo XXI, llegar al poder por la vía electoral. La idea de democracia participativa usada por el chavismo viene de Heinz Dieterich Steffan, quien acuñó el término de socialismo del siglo XXI (Dieterich, 2008). En apariencia se buscaba renovar el socialismo después del fracaso del derrumbe de la Unión Soviética.

El planteamiento de democracia participativa era con el fin supuesto de darle poder a las bases para efectuar formas de autogobierno. El objetivo real del gobierno chavista fue querer insertar las estrategias de dominación del partido gobernante en las comunidades. Movilizar a los sectores populares en apoyo al gobierno y en contra de sus adversarios.

Los consejos comunales eran formados en su mayoría por sectores del partido de gobierno con pocos espacios de libertad para el resto de la sociedad. Como explica Carlos Aponte y Luis Gómez, “las tendencias a controlar las diferentes manifestaciones de la sociedad civil, con criterios escasamente plurales, han influido en ciertas caracterizaciones del proceso chavista como fascista o totalitario” (Aponte y Gómez, 2009, p. 11). La movilización de los círculos bolivarianos y otros colectivos eran usados como grupos de choque en contra de los adversarios políticos, algo muy propio de gobiernos totalitarios.

Ramos Jiménez analiza como con base en una concepción antidemocrática de la política, se administra de arriba hacia abajo el proceso de la decisión y movilización de masas sin respetar el estado de derecho (Ramos, 2011, p. 87). Ningún proyecto democrático real puede gobernar en función de una clase o para quienes respaldan al gobierno. Por eso el chavismo desde sus orígenes fue un gobierno populista autoritario con rasgos totalitarios. Cuando el gobierno se declara socialista, era un proyecto que dejaba de lado a quienes no apoyaban su propuesta.

El socialismo bolivariano: del autoritarismo al totalitarismo

Uno de los planteamientos comunes desde los fracasos de Cuba y la Unión Soviética es advertir que esos modelos no eran realmente socialistas. Más que una afirmación con fundamentos teóricos es una excusa para no reconocer el fracaso del modelo, al no lograr alcanzar las metas ideales propuestas.

Si se lee con cuidado *El Capital* o *El Manifiesto Comunista* de Marx, se puede constatar que el socialismo es una teoría que promueve la expropiación de la propiedad privada. La propiedad es la raíz de toda la desigualdad social, por eso es tan importante erradicarla. De ahí su famosa frase “hay que expropiar a los expropiadores” (Marx, 2002).

La columna vertebral del planteamiento socialista marxista es la progresiva erradicación de la propiedad privada. La idea de socialismo del siglo XXI era para dar una apariencia de modernidad y renovación. Ramos Jiménez lo considera en el caso venezolano como un proyecto indeterminado (Ramos, 2011), por su parte López Maya expone que el concepto de socialismo del siglo XXI en su inicio, y sobre todo durante la campaña electoral de Chávez “[...] fue fundamentalmente un concepto hueco, donde cada cual como elector interpretó como quiso” (López, 2007, p. 14).

Es cierto que el socialismo del siglo XXI genera ambigüedad en el electorado, incluso entre quienes apoyan el chavismo, pero, aunque es una mezcla confusa de muchas ideas, **sí** tiene claras líneas ideológicas en el sentido de la consolidación de un control de la economía y la sociedad en general, la búsqueda del “hombre nuevo”, la manipulación de la realidad para construir una nueva utopía de “felicidad y prosperidad general para los excluidos”.

Las ideologías como el socialismo totalitario son construcciones míticas de la realidad, tienden a negar la evidencia empírica, no están basadas en hechos o en una racionalidad instrumental, sino en la visión utópica de la búsqueda de la igualdad, pero en un escenario que acaba con la libertad y la prosperidad. Entenderlo de esa manera ofrece mejores posibilidades de comprender el fenómeno político venezolano. José Blanco acierta al plantear que:

[...] la semántica del socialismo del siglo XXI no representa una teoría reflexiva racional del sistema que le permita describir adecuadamente sus problemas, sino que por el contrario se trata de un dispositivo de inmunización frente a las irritaciones del entorno. El socialismo del siglo XXI sirve para dibujar un futuro presente en el cual se posan las expectativas de una mejor vida. (Blanco, 2010, pp. 199-200)

El socialismo es mera ideología sin sustento lógico. Giovanni Sartori explica que el ideologismo habitúa a la gente a no pensar, es el opio de la mente; pero es también una máquina de guerra concebida para agredir y “silenciar” el pensamiento ajeno (Sartori, 2009, p. 89). Carl Friedrich explica cómo uno de los componentes esenciales del totalitarismo es una ideología oficial difundida a través de los medios de comunicación y el sistema de enseñanza, para crear una sociedad final “perfecta” de la humanidad (Friedrich, 2017, p. 74).

En los regímenes autoritarios el factor ideológico no es tan relevante, pero si es fundamental en los totalitarismos. El socialismo promete una utopía irrealizable, busca la transformación total del hombre y la sociedad. Cuando logra consolidarse es muy difícil

erradicarlo, por eso es que se construye por etapas. El gobierno chavista siempre tuvo claro cuál sería el norte de sus políticas, por eso el factor ideológico difundido a través del progresivo control de los medios de comunicación y el sistema de enseñanza fue relevante.

El socialismo bolivariano buscaba acabar progresivamente con la propiedad privada y eliminar con ella la libertad individual. La promulgación de la nueva Ley de Tierras y la nueva Ley de Hidrocarburos en el 2001, la política de controles de precios y de cambios aplicada desde el 2003, fueron las primeras medidas importantes tomadas por el chavismo para empezar a controlar la economía de la nación. Siempre la excusa era defender los intereses del pueblo.

Esas políticas a veces son aplicadas como medidas provisorias ante determinadas coyunturas económicas, pero el gobierno las ha sostenido como un modelo permanente para acabar con la empresa privada y lucrarse a su vez con los negocios y el surgimiento de mercados paralelos. Cuando Chávez finalmente se declara socialista en el 2005, realmente ya había aplicado políticas con el fin de instaurar el socialismo.

La ingenuidad está en pensar que el gobierno no tenía desde el principio el objetivo de llegar al socialismo, a pesar de su cercanía y declarada admiración por líderes como Fidel Castro, sólo que los escenarios históricos eran distintos, por eso lo aplicó de manera paulatina. Aunque si bien la constitución de 1999 reconocía los fundamentos de la descentralización, también era vigorosamente presidencialista y mantenía una fuerte intervención del Estado en materia económica.

Chávez cada vez más radicalizaría su proyecto, o más bien dejaba ver sus verdaderas intenciones en la medida que lograba concentrar mayor poder. El objetivo del chavismo era instaurar el socialismo de corte marxista, estalinista y castrista, como un modelo totalitario, tal como fue conocido en el siglo XX.

La pretensión de reformar la Constitución era para acelerar la instauración del socialismo, que fue rechazada en el referéndum consultivo del 2007. Ese intento promovía

una economía diversificada donde exista “la preponderancia de los intereses comunes sobre los individuales” (Propuesta de reforma a la Constitución de 1999). Antes no se planteaba ese choque de ideas, no se establecía la preponderancia de unos derechos sobre otros. La propiedad colectiva en esa propuesta tenía mayor peso que la propiedad privada.

Un socialismo del siglo XXI, sin un atisbo de modernidad, cuya finalidad era sustituir la empresa privada por empresas en manos del gobierno, y someter a la población a los dictados de los gobernantes. El Estado representa al colectivo, que es una masa amorfa que supuestamente tiene todos los derechos. El gobierno avanzó en su proyecto socialista con expropiaciones masivas desde el 2008.

Ya en el 2009 la evolución de la actividad económica en el año estuvo determinada por la disminución registrada tanto en la actividad petrolera (-7,2%) como en la no petrolera (-2,43%). Pero la crisis que afectaba a Venezuela no era transitoria, ni coyuntural, ni superable sólo con el alza de los precios del petróleo (Villegas y otros, 2012, p. 392).

La baja de los precios internacionales del petróleo impactó la economía negativamente, pero el problema de fondo era la aplicación del sistema socialista. Los resultados eran los esperados: escasez de bienes y servicios de las empresas antes en manos del sector privado. Con los altos precios del petróleo el gobierno pudo por medio de las importaciones paliar un poco la situación, pero las largas colas para adquirir productos regulados fue una característica común del gobierno chavista. Es la incapacidad de todo modelo socialista de lograr producir eficientemente, porque no existe libertad ni incentivos para hacerlo.

La inanidad del gobierno de querer controlar la inflación con controles de precios y cada vez más restricciones al acceso a las divisas agravó la situación. Pero el socialismo se preparaba para gobernar sobre la base de la pobreza. Desde el comienzo de su primer gobierno Chávez advertía sobre la necesidad de volver al trueque, de reactivar los conucos, de disminuir el consumo eléctrico, de sustituir el automóvil por el uso de bicicletas, es decir, los planificadores/los gobernantes sabían que el modelo económico llevaría a una

situación de penuria tal y como ocurrió en las economías socialistas del siglo XX. Un plan orquestado para dominar a la población y hacerle más dependiente de los beneficios otorgados por el Estado.

Con el acenso de Nicolás Maduro en el 2013 a la presidencia es realmente cuando se intenta consolidar definitivamente un estado totalitario empezado a construir desde la época de Chávez. De hecho, en la presidencia de Nicolás Maduro aumentaron considerablemente los niveles de represión. La Fuerza Armada Nacional Bolivariana, FANB, adquirió más autonomía frente a la sociedad y autoridades civiles (Jácome, 2017, p. 52).

Sumado a un mayor militarismo, y al uso cada vez más recurrente del Servicio Bolivariano de Inteligencia Nacional, SEBIN, como policía secreta para fustigar a los opositores, a Maduro le tocó asumir las consecuencias más penosas del modelo económico socialista. El vencimiento de las deudas internacionales, la baja de los precios del petróleo y una economía con la mayoría de empresas cerradas o inoperantes han creado un caos en el país.

La acritud del discurso y de las políticas es cada vez más fuerte, la represión y el control de las instituciones han sido un componente esencial para sostenerse en el poder. Como explica Armando Chaguaceda y María Puerta, se ha puesto en marcha una estrategia meticulosamente planificada hacia al control de la sociedad venezolana, especialmente de aquellos elementos políticamente decisivos para, llegado el momento, impedir el avance adversario y consolidar la hegemonía propia (Chaguaceda y Puerta, 2015, p. 195).

Con Maduro, efectivamente, se intenta erradicar la disidencia, los últimos procesos electorales como la elección en el 2017 de la aprobación de la Asamblea Nacional Constituyente prueban que se intenta consolidar el socialismo de forma irreversible. Intentar en este escenario promulgar una nueva Constitución tiene la finalidad de concretar un gobierno totalitario, y desmontar completamente los cimientos institucionales republicanos. Como analiza José Blanco:

El plan más ambicioso de reorganizar toda la sociedad a través del Estado comunal que comprendería a las familias, pasando por los consejos comunales y las comunas, las ciudades, hasta cubrir la totalidad de la sociedad, representa a cabalidad el tipo de proceso inflacionario del poder totalitario: la reducción de todo a una unidad orgánica. (Blanco, 2016, pp. 99-100)

Realmente el chavismo ha hecho una revolución e intenta consolidarla, es decir, un verdadero cambio profundo y violento de las estructuras sociales desde una perspectiva leninista. La misma situación económica ha sido planificada por el Estado para mantener dominada a la población. Esa es la única explicación ante el sostenimiento de políticas de controles y persecución a los empresarios con probados resultados negativos.

El empobrecimiento sirve también como estrategia de dominación de los totalitarismos. Pero analistas como Nelly Arenas sostuvieron en los inicios del gobierno de Maduro, que “El importante deterioro en la calidad de vida de los venezolanos, sin embargo, parece colocar en riesgo la continuidad del proceso bolivariano” (Arenas, 2016, p. 22).

El empobrecimiento de la población no ha detenido el avance del proyecto totalitario. Por supuesto que los riesgos de rebelión son latentes, pero la situación económica no siempre es detonante para el cambio político. De hecho cada vez más personas dependen de los subsidios del Estado dados ahora a través del *Carnet de la Patria*.²

La crisis económica lo que hace es reforzar la dependencia de las personas hacia el Estado, y esto facilita su control. El deterioro de la economía durante el gobierno de Maduro es cada vez mayor, el Banco Central de Venezuela publicó en febrero del 2016, que al cierre del año 2015 la inflación acumulada era de 180,9%. Según los indicadores del

² Es un carnet creado en el 2017 por el gobierno para asignar beneficios directos a las familias más empobrecidas. Este es otro mecanismo de control social y de reforzamiento de la dependencia.

Banco Central, la inflación en el año 2014 fue de 68,5% (Banco Central de Venezuela, 2016).

Esas son las últimas cifras que se conocen sobre la inflación en Venezuela, cada vez más elevada, debido a una política de controles que ha generado escasez y aumento de la masa monetaria para cubrir el déficit fiscal. Actualmente se está en un proceso hiperinflacionario del cual se desconocen cifras oficiales. Según el Fondo Monetario Internacional para finales del 2018 la inflación venezolana podría llegar a 1.000.000 %.

La recesión económica también ha sido muy fuerte producto de esas políticas que buscan acabar con la empresa privada. El instituto Nacional de Estadística señala que 33,1% de los hogares estaban en condición de pobreza por ingresos para el primer semestre del 2015. En el primer semestre de 2014, el porcentaje era de 29,4%. Entre el 2014 y 2015 unos 318.238 hogares pasaron a la pobreza y se alcanzó una cifra total de 2.434.035 (Instituto Nacional de Estadística, 2016).

En los últimos años ni el Banco Central de Venezuela ni el Instituto Nacional de Estadística, INE, publican cifras oficiales, como un pueril intento de ocultar la realidad, pero el empobrecimiento es cada vez mayor. Hannah Arendt explica cómo el totalitarismo reduce a los hombres a sus funciones básicas de subsistencia, es decir, a nivel de su animalidad natural, despojándolos de todas las garantías políticas que los reivindican como ciudadanos (Arendt, 2004). El hombre deja de exigir derechos, comienza simplemente a buscar medios para sobrevivir dentro de una catástrofe social y económica. El uso de perreras en la actualidad como medio de transporte es solo un ejemplo de una población reducida a un grado de marginalidad sin precedentes dentro de una sociedad moderna.

El totalitarismo busca cambiar a los hombres, como argumenta Jorge Tricas, antes de querer transformar el mundo exterior, lo que pretende, en todo caso, es transformar la misma naturaleza humana (Tricas, 2016, p. 26). Deshumanizar a los hombres es su objetivo esencial y el chavismo ha avanzado en esa dirección.

Chávez pasó de un populismo autoritario cada vez mayor, hasta caer con Maduro en una fase de totalitarismo en proceso de consolidación. Enfrentar a un régimen de esa naturaleza no es sencillo. Su apoyo no se basa únicamente en la fuerza militar. De hecho, como explica Arendt en su texto sobre la violencia, un sólo hombre sin el apoyo de otros jamás tiene suficiente poder como para emplear la violencia con éxito (Arendt, 2006, pp. 69-70).

El trabajo ideológico para el sometimiento de la población es aún más importante que el uso de la fuerza para sostener un sistema totalitario. Mises advertía, “El totalitarismo de nuestra época es producto de la amplia aceptación de la ideología totalitaria; sólo una filosofía diferente puede vencerlo” (Mises, 2001, p. 241). Por tal razón, las ideas son tan importantes para acabar con sistemas totalitarios.

Recuperar la democracia no es fácil ante un sistema totalitario como el actual, altamente represivo. En el texto *El arte de la manipulación política*, Josep Colomer explica que la protesta ciudadana va a depender de la confianza en su capacidad de generar un cambio por encima del miedo a las represalias. Con otras palabras, más resonantes, la amplitud de la acción colectiva depende de la fe y del miedo (Colomer, 1990, p.35).

El gobierno ha sido exitoso en crear desesperanza en la población, la gente asume las protestas de calle como fracasos políticos porque no se consiguió la salida del régimen. Pero la lucha en el plano de las ideas debe retomarse para acabar con el totalitarismo. La tendencia autoritaria se impuso, pero siempre es posible retomar la vía democrática.

Conclusión

En Venezuela la cultura democrática no logró consolidarse plenamente durante los 40 años de gobierno de AD y COPEI en todos los sectores sociales, lamentablemente nuestra tradición histórica con gobiernos autoritarios ha sido más larga que la experiencia de construir un sistema democrático.

La debilidad institucional desde los inicios de la República, y la democracia resultante del pacto de Punto Fijo vista como el derecho a la distribución de la renta petrolera que luego degeneró en populismo, no permitieron sostener el sistema democrático cuando las crisis se hicieron presentes.

En ese escenario se impuso el discurso de la antipolítica y los antagonismos sociales. Pese a los logros alcanzados por la democracia, la sociedad venezolana al escoger a un militar golpista como Chávez de presidente, avaló la vuelta al autoritarismo como forma para resolver los problemas nacionales. Se eligió el reforzamiento del Estado en lugar de optar por la vía de mayor libertad política y económica.

Chávez fue una vuelta al pasado; una importante parte del pueblo apoyó a un líder pese a que él actuó de manera arbitraria, al margen de las leyes y las instituciones. Los totalitarismos surgen a partir de apoyos de importantes sectores de la sociedad. Nunca logró ser bien comprendido por parte de la población venezolana; muchos intelectuales también creyeron románticamente en las ideas del socialismo del siglo XXI como una vía para lograr el progreso de la Nación.

El chavismo es un proyecto socialista totalitario sin claras líneas conceptuales, pero se enmarca dentro de la lógica de una ideología utópica que busca la igualdad social a través del control del Estado de la economía y de todos los componentes de la estructura social. El socialismo avanzó erradicando progresivamente las libertades económicas y políticas, y ha pasado de un populismo autoritario desde los inicios de la presidencia de Chávez, hasta llegar con Maduro a la definitiva consolidación de un sistema totalitario que busca reducir a los hombres a un estado de subsistencia para mantenerlos dominados.

Hay sectores de la población que siempre resistieron al gobierno, aunque muchos se han visto forzados a huir del país, pero las crisis son oportunidades para cambiar una sociedad. Es posible recuperar la democracia si los venezolanos están dispuestos a aprender de los errores del pasado y reconocer sus responsabilidades, no verse únicamente como víctimas de un sistema que muchos ayudaron a construir, para entonces finalmente edificar

una sociedad moderna con una institucionalidad sólida, con base en el seguimiento a proyectos e ideas, y no a líderes mesiánicos. De esa manera se saldrá de la encrucijada actual para alcanzar una mejor vía para el progreso.

Bibliografía

1. Acosta, C. (1847). Lo que debe entenderse por pueblo. En *Pensamiento Político venezolano del siglo XIX*. Caracas-Venezuela: Congreso de la República.
2. Aponte, C. y Gómez, L. (2009). *El régimen político en la Venezuela actual*. Venezuela: Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales (ILDIS).
3. Arenas, N. (2016). El chavismo sin Chávez: la deriva de un populismo sin carisma. *Nueva Sociedad*, 261, pp. 13-22.
4. Arenas, N. (2010). La Venezuela de Hugo Chávez: rentismo, populismo y democracia. *Revista Nueva Sociedad*, 229, pp. 76-93.
5. Arias, A. (2012). Hugo Chávez y la crisis de representación político-partidaria en Venezuela. *Trans-pasando Fronteras*, 2, pp. 65-83.
6. Arendt, H. (2006). *Sobre la violencia*. España: Alianza Editorial.
7. Arendt, H. (2004). *Los orígenes del totalitarismo*. México: Taurus.
8. Arendt, H. (1997). *¿Qué es política?* Barcelona: Ediciones Paidós.
9. Banco Central de Venezuela. (2015). *Estadísticas*. Recuperado de: <http://www.bcv.org.ve>
10. Buttó, L. (2018). Revolución Bolivariana y Estado Cuartel en Venezuela. En: Buttó, L, Olivar, J. (Coordinadores) *El Estado Cuartel en Venezuela Radiografía de un proyecto autoritario*. (pp. 35-124). Venezuela: Universidad Metropolitana.
11. Buttó, L. (2018). El Estado Cuartel en Venezuela: Bases teóricas para su estudio. En: Buttó, L, Olivar, J. (Coordinadores) *El Estado Cuartel en Venezuela Radiografía de un proyecto autoritario*. (pp. 17-34). Venezuela: Universidad Metropolitana.
12. Buttó, L. (2018). Medios de comunicación, antipolítica y desmontaje de la democracia en Venezuela. *Tiempo y Espacio*, 69, pp. 171-199.

13. Blanco, J. (2016). El poder totalitario: El caso de la revolución bolivariana. *Revista Mad. Revista del Magíster en Análisis Sistemico Aplicado a la Sociedad*, 34, pp. 65-105.
14. Blanco, J. (2010). El sistema político venezolano y el socialismo del siglo XXI: una mirada desde la teoría de sistemas de Niklas Luhmann. *Iberóforum. Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Iberoamericana*, 10, pp. 161-205.
15. Caballero, M. (2009). *Las crisis de la Venezuela contemporánea (1903-1992)*. Caracas, Venezuela: Alfadil ediciones.
16. Cabrera, M. (2010). La investigación histórica y el concepto de cultura política. En: Pérez, M. y Sierra, M. (Editores). *Culturas políticas: teorías e historia*. (pp. 19-85). Zaragoza: Institución "Fernando el Católico".
17. Castrillo, F. (2010). *La teoría del péndulo democrático dinámica de los partidos políticos venezolanos desde 1958 hasta nuestros días. Un análisis crítico de la Venezuela contemporánea*. (Tesis de Maestría). Universidad de los Andes, Venezuela.
18. Colomer, J. (1990). *El arte de la manipulación política. Votaciones y teoría de juegos en la política española*. Barcelona: Editorial Anagrama.
19. Chaguaceda, A. y Puerta, M. (2017). Decadencia autoritaria en Venezuela: proceso histórico y desarrollos recientes. *Diálogo Político*, 2, pp. 152-167.
20. Chaguaceda, A. y Puerta, M. (2015). Quo vadis Venezuela: de la democracia delegativa al autoritarismo del siglo XXI. *Revista Mexicana de Análisis Político y Administración Pública*, 1, pp. 175-202.
21. Dávila, L. (2011). Dictadura y democracia en Venezuela. Discurso y mito del “gendarme necesario”. En Ramos, A. (Compilador). *La revolución Bolivariana. El pasado de una ilusión*. (pp. 19-54). Venezuela: La hoja del norte.
22. Dietz, H, y Myers D. (2002). El proceso del colapso de sistemas de partidos: una comparación entre Perú y Venezuela. *Revista Cuadernos del CENDES*, 50, pp. 1-33.
23. Dieterich, H. (2008). *El Socialismo del Siglo XXI*. México: Edición de autor.
24. Ellne, E. (2012). El modelo de la democracia social radical en Venezuela: innovaciones y limitaciones. *Cuadernos del Cendes*, 79, pp. 107-133.
25. Friedrich, C. (2017). El carácter único de la sociedad totalitaria. En Sánchez, H. (Editor). *Antologías para el estudio y la enseñanza de la ciencia política. Régimen*

- político, sociedad civil y política internacional. Volumen II.* (pp. 69-82). México: Universidad Nacional Autónoma de México.
26. García, Á. (2006). Auge, consolidación y crisis de la gobernabilidad del régimen democrático puntofijista (1958-1998). *Revista Mañongo*, 26, pp. 107-136.
 27. Gianforchetta, N. (2011). *La Democracia Venezolana en el contexto de la Constitución de 1999: Entre el Es y el Deber Ser*. Venezuela: Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales (ILDIS).
 28. Germani, G. (2003). *Autoritarismo, fascismo y populismo nacional*. Buenos Aires: Temas.
 29. Gil, J. (1978). *El reto de las elites*. Madrid: Editorial Tecnos.
 30. Gómez, L. y Arenas, N. (2013). El populismo chavista: autoritarismo electoral para amigos y enemigos. *Cuadernos del CENDES*, 82, pp. 17-34.
 31. Guerra, R. (2018). La formación del «Hombre Nuevo» en la Revolución Bolivariana. En Buttó, L. y Olivar, J. (Coordinadores). *El Estado Cuartel en Venezuela Radiografía de un proyecto autoritario*. (pp. 181-220). Venezuela: Universidad Metropolitana.
 32. Gutiérrez, J. y Aristizábal, A. (2005). *La política económica del gobierno de Hugo Chávez y el impacto sobre la economía venezolana*. (Tesis de Grado). Universidad EAFIT, Colombia.
 33. Gracia, M. y Reyes, R. (2008). Análisis de la política económica en Venezuela. 1998-2006. *Revista OIKOS*, 2, pp. 25-47.
 34. Hawkins, K. (2010). *Venezuela's Chavismo and Populism in Comparative Perspective*. EEUU: Cambridge University Press.
 35. Herrera, A. (2015). *Bolívar empresario*. Venezuela: Editorial Planeta.
 36. Hidalgo, M. (2007). Venezuela: de la crisis del modelo de Punto Fijo al régimen Chavista. *Revista Nuestra América*, 4, pp. 13-35.
 37. Instituto Nacional De Estadística. (2016). Índices de pobreza. Recuperado de: <http://www.ine.com.ve>
 38. Jácome, F. (2017). Venezuela: ¿un nuevo tipo de régimen militar? *Foreign Affairs Latinoamérica*, 4, pp. 44-52.
 39. Laclau, E. (2004). *La razón populista*. México: Fondo de Cultura Económica.

40. López, M. (2007). Pertinencia y sentido del debate sobre socialismo de los siglos XX y XXI. En López, M. (Ed). *Ideas para debatir el Socialismo del Siglo XXI. Vol. I.* (pp. 11-20). Venezuela: Alfa.
41. López, R. (2018). La concepción reformista en la democracia venezolana 1961-1984. *Tiempo y Espacio*, 69, pp. 251-285.
42. Madueño, L. (2006). La legitimidad de la democracia en la Venezuela de Chávez. Una indagación sobre el grado de satisfacción y la respuesta antisistema. *Revista Venezolana de Ciencia Política*, 29, pp. 93-126.
43. Magdaleno, J. (2004). El discurso político del presidente Chávez y su impacto en la opinión pública. En RAMÍREZ, M. (Coordinadora). *¿Cabemos todos?: los desafíos de la inclusión* (pp. 169-185). España: Editorial Arte.
44. Maingon, T. (2004): La política social en Venezuela: 1999-2003. *Cuadernos del CENDES*, 55, pp. 49-75.
45. Marx, K. (2002). *El capital. "El Proceso de Acumulación Capitalista". Tomo I.* México: Siglo XXI editores.
46. Molina, J. y Pereira, V. (2006). La democracia en América Latina: ¿Éxito o fracaso? *Revista cuestiones políticas*, 37, pp. 11 – 35.
47. Nohlen, D. (2017). *Los regímenes autoritarios*. En: Sánchez, H. (Editor). *Antologías para el estudio y la enseñanza de la ciencia política. Régimen político, sociedad civil y política internacional. Volumen II*, (pp. 91-96). México: Universidad Nacional Autónoma de México.
48. O'Donnell, G. (1994). *Transiciones desde un gobierno autoritario*. España: Paidós.
49. Plaza, E. (2007). *El patriotismo ilustrado, o la organización del Estado en Venezuela. 1830-1847*. Caracas, Venezuela: Universidad Central de Venezuela.
50. Propuesta de Reforma a la Constitución DE 1999. (2018). Recuperado de: <https://www.nodo50.org/plataformabolivariana/Externos/AP-RefConst.pdf>. /
51. Ramos, A. (2011). La “revolución” que no fue. Desgobierno y autoritarismo en la Venezuela de Chávez. *Estudios Políticos*, 38, pp. 69-91.
52. Rand, A. (2012). *Capitalismo: el ideal desconocido*. Argentina: Grito sagrado editorial.
53. Rey, J. (2002). Consideraciones políticas sobre un insólito golpe de Estado. *Revista Venezolana de Ciencia Política*, 21, pp. 9-34.

54. Rey, J. (1991). La democracia venezolana y la crisis del sistema populista de conciliación. *Revista de Estudios Políticos*, 74, pp. 533-578.
55. Rivas, J. (2012). La experiencia populista y militarista en la Venezuela contemporánea. *El Institut de Ciències Polítiques i Socials*, 307, pp. 1-35.
56. Romero, A. (1986). *La miseria del populismo. Mitos y Realidades de la Democracia en Venezuela*. Venezuela: Ediciones Centauro.
57. Sartori, G. (2009). *La democracia en treinta lecciones*. México: Santillana ediciones.
58. Sartori, G. (1993). *¿Qué es la Democracia?* México: Editorial Patria.
59. Segnini, Y. (1987). *Las luces del gomecismo*. Caracas, Venezuela: Alfadil Ediciones.
60. Straka, T. (2015). *La República fragmentada. Claves para entender a Venezuela*. Caracas: Editorial Alfa.
61. Torres, A. (2009). *La herencia de la tribu. Del mito de la independencia a la revolución bolivariana*. Caracas: Alfa.
62. Tricas, J. (2016). *Dignidad de la política. La emergencia de una retórica crítica*. Venezuela: UCAB Ediciones.
63. Villegas, E, Acosta, A, Cayaffa, R. (2012). Venezuela ante la crisis económica global. *Revista de Ciencias Sociales*, 2, pp. 283-294.
64. Vallenilla, L. (2000). *Cesarismo democrático*. Venezuela: Colección La palma viajera.
65. Von Mises, L. (2001). *Crítica del intervencionismo. Estudios sobre la política económica y sobre la ideología económica de nuestro tiempo [El mito de la tercera vía]*. España: Unión Editorial.